

EM2 / CULTURA



EN PRIMERA FILA

KENNETH FRAMPTON

Teórico y arquitecto

«Mucha arquitectura ha caído en el pan y circo»

ANTONIO LUCAS

Kenneth Frampton echa el toldo del párpado, baja la cabeza, suma a su rostro un ligero signo algebraico y lanza un discurso o una soflama, según el calibre de la cuestión en marcha, como si tuviese dentro del cráneo la topografía exacta del mundo y sus problemas. Kenneth Frampton es un británico de 1930 que hizo nido en la Universidad de Princeton (EEUU) y se quedó por allá ordenando las mil líneas de fuerza de la arquitectura.

En su vida ha levantado, tan sólo, dos edificios: uno de viviendas de alquiler en Londres y otro de vivienda social en Norteamérica. Algo escaso, parece. Pero ha compensado esa voluntad levemente Bartleby con el afianzamiento de uno de los libros fundamentales para entender su oficio en el último medio siglo: *Una historia crítica de la arquitectura moderna* (Gustavo Gili), que ya ha ampliado en cuatro ocasiones. Un volumen que es la *pedra roseta* de los arquitectos de varias generaciones, el abrevadero ideológico de la cosa. La brújula de lo que está por venir.

Kenneth Frampton cita en el aeropuerto de Pamplona. En el tiempo que queda entre dos aviones. Uno a Madrid y otro a Nueva York. Llegó hace dos días para recoger el I Premio Internacional de Arquitectura Javier Carvajal, que convoca la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra. Es un inglés dinámico, con una estela de gurú enrollado que tiene a Mies van der Rohe como único dios verdadero. Y después: un repertorio de coces a algunas de las *starlettes* contemporáneas de la profesión, los de las plumas de marabú: de Calatrava a Ghery, pasando por Zaha Hadid. Frampton tiene modales de lanzallamas sensible. De joven con adoquín airado.

Por los altavoces del aeropuerto anuncian vuelos al tiempo que Kenneth Frampton denuncia falsos prestigios y peligros que acechan. Es una orquesta muy loca de timbre enlatado de megafonía y voz disidente de adusto profesor.

Es uno de los gurús más influyentes de la arquitectura planetaria. Profesor infatigable de la Universidad de Columbia a los 86 años. Escribió la 'biblia' del oficio bajo el título de 'Una historia crítica de la

arquitectura moderna'. Combate con ideas de mucha metralla a las 'starlettes' de la profesión. Y considera que esta disciplina debe rehumanizarse tras años de excesos sin sentido, de autismo total.

«La globalización ha sido uno de los campos de cultivo principales del capitalismo. Y éste se ha esforzado en mercantizar todas las cosas, desde las fuentes a los grandes edificios. De las carreteras a la vida de la gente. Pero lo que resulta imposible es capitalizar la Naturaleza. Esa ambición está resultando demasiado cara y nociva. Es uno de los grandes errores del sistema. Y uno de los principios que llevarán a su lenta destrucción como modelo económico y social», dice.

— ¿Y qué camino queda?

— Tendrá que aparecer en algún momento un nuevo socialismo. Alternativas más humanas, reales y ciertas para que la vida mantenga sus credenciales de vida. Y desde luego no vendrá ese cambio, en la arquitectura, de manos de los arquitectos estrella. Han creado un mundo de edificios autistas. Han propiciado una *manhattización* del presente, con escalas deshumanizadas. Y no crea que la crisis ha acabado con ellos. Simplemente se han mudado a los países árabes y a Asia. Van siguiendo al mercado. Hasta donde éste les conduzca. Pero el suyo, ciertamente, es un proyecto muy limitado. Son propuestas en verdad muy estrechas. Incluso frágiles.

— ¿A quiénes representan...?

— Al poder. Es decir, a unos pocos. Son los iconos que el dinero necesita. No pisan suelo. Es una arquitectura banal, sin recorrido. Son eslóganes del capitalismo. Imágenes publicitarias. Ya decía Guy Debord en *La sociedad del espectáculo*, que la arquitectura se estaba convirtiendo en una herramienta para el *show* de la especulación. Y ahí es donde están los Calatrava, Ghery, Zaha Hadid y tantos otros...

Frampton es hijo de una generación de proyectistas que demarcaron los valores de la postmodernidad antes de que ésta reventara sus propias costuras. Creadores con un injerto de pajarita, los de la pipa con tabaco de jazmín. Herederos directos de Frank Lloyd Wright. O más cerca aún: Le Corbusier, Alvar Aalto, Aldo Rossi, Louis Khan... A los 86 años, este hombre patilargo sigue impartiendo clase en la Universidad de Columbia (Nueva York). Y gasta una sensibilidad desengañada, a la europea, entreverada de sorbitos de café.

— Asistimos desde hace al menos dos décadas a una arquitectura exagerada en países donde parte de su población vive bajo el umbral de la pobreza. Diría que el 80% de lo que se construye es

OFICIO

«Calatrava, Ghery y Hadid, entre otros, han hecho de la arquitectura el gran 'show' de la especulación»

mediocre, por culpa de la ansiedad del crecimiento sin límites y de la especulación, que se ha convertido en el gran aliado de la arquitectura estrella. Eso es un disparate. Pero a la vez tenemos una nueva generación de proyectistas en países como China o África (pienso en Francis Kéré o Wang Shu) que están



trabajando de una manera inteligente, delicada, aprovechando los recursos naturales. Sin estridencias. Ellos son, paradójicamente, los desobedientes de una profesión que se ha degradado en ocasiones al nivel de la publicidad. Y me emociona ver que su trabajo es una de las vías más válidas para el futuro.

— ¿Cómo asiste a los movimientos sociales propiciados por la crisis?

— Bueno, el que conozco de primera mano es el de Occupy Wall Street. Y está bien. Pero son una minoría. El problema de una sociedad como la de EEUU, donde vivo, es el bajísimo nivel educativo de los ciudadanos. Algo que explica muy bien muchas cosas. Eso sí que es un desastre por el que habría que protestar. Al final lo que queda es una masa de gente acrítica que no desafía al poder porque no sabe cómo ni porqué. No es consciente de que las calles también sirven para decir no. Es un problema terrible en un país desarrollado.

— ¿Le ha defraudado Obama?

— Bueno, ha representado algún cambio. Pero está muy sometido al poder económico y a la fuerza omnívota de las grandes corporaciones. En un asunto tan importante como la salud pública ha intentado reformular el sistema feroz de EEUU, aunque al final no ha podido con las compañías y ha avanzado menos de lo que prometió. Y no olvidemos que también ordenó el desmantelamiento de Guantánamo y Guantánamo, que es una gran vergüenza, sigue en pie.

La megafonía del aeropuerto anuncia la salida de nuestro avión a Madrid. Y bajo el *alirón* que provoca saber que el vuelo va casi puntual, aparece el arquitecto Patxi Mangado, colega de Frampton. La cosa deriva en una arenga contra la desigualdad del mundo y sus consecuencias en la construcción de territorios. Los ricos son cada vez menos y más ricos, mientras que los pobres son cada vez más. Y el poder, enroscado en muy pocas manos. «Y eso afecta a esta profesión porque se prioriza lo objetivo frente a lo colectivo, lo icónico en detrimento del tejido urbano y las viviendas sociales, que es lo que en verdad genera la ciudad...». Esto empieza a tomar perfiles de revolución en la cola de embarque. Como si fuéramos a amotinarnos en el avión por un mundo mejor. Yo no sé.

— Al final se genera una arquitectura autista...

— Exacto. Aquí, en España, tienen un ejemplo muy claro: el Guggenheim de Frank O. Ghery en Bilbao. Era una forma de implantar una idea sin tener en cuenta lo que sucede alrededor. Es decir: llevar un dibujo a un espacio concreto, sea como sea. Además, no olvide que la arquitectura megalómana es una forma de control social. A la manera del pan y circo de los romanos. Es ilusionismo para hacer creer al ciudadano las bondades del poder.

— ¿Y qué hacer ahora?

— Ser exigentes y no bajar la voz ante los excesos. Sin olvidar que hay problemas muy serios e inmediatos, como el del abastecimiento de agua en el mundo. Esta superpoblación depredadora algún día estallará. Y la arquitectura petulante no ayudará a que nada mejore.

Kenneth Frampton ocupa su asiento en el avión. Sonríe levemente. Y entorna los ojos como si entrara en un cine.